

Herbert Spencer

## IV

Hemos terminado las razones fundamentales que deben hacer rechazar toda inmixción del Estado, salvo en las materias en que es indispensable el testimonio de la experiencia de todos los tiempos: sería superfluo ahora buscar razones secundarias.

Si, no obstante, se reclamasen, podríamos tomar por texto la obra de Lindray<sup>16</sup>.

Mucho se podría decir acerca de las complicaciones a que por fin debe llevar esa manera de amontonar un reglamento sobre otro (verdad es que los reglamentos precedentes hacen necesarios los que siguen), compli-

---

<sup>16</sup> «Ley sobre la navegación y la marina mercante».

## Demasiadas Leyes

caciones que traen desacuerdos, retrasos, disputas, y que en suma son gran embarazo para nuestra vida social.

También se debiera aquí hablar de los esfuerzos perturbadores de «esa grosera ilusión, como dice Guizot, designada con el nombre de fe en el poder soberano de la máquina política»; a esa ilusión atribuye en parte, y no sin razón a nuestro entender, la última revolución que tuviera efecto en Francia; y ella es la que fortifica toda intervención nueva del legislador.

Pero dejemos esto por ahora. Insistamos un poco más sobre el debilitamiento de la nación, que causa esta vigilancia del Estado: este mal no es aquí sino un efecto indirecto, pero no es un mal secundario, aunque tanto importa: esto no le quitará parte de su gravedad; antes tal vez al contrario.

Cualquiera de esos filántropos entusiastas que constantemente reclaman del Parlamen-

## Herbert Spencer

to un acto cualquiera para remediar este o el otro mal, o para procurar a la nación tal bien, opinará que voy a buscar muy lejos objeciones demasiado vulgares, si digo que es causar un perjuicio moral a las gentes si por ellas se hace lo que por sí solas podrían hacer.

Dichos filántropos, representáanse con los más fuertes colores el bien que esperan llevar a cabo, y que es cosa positiva y fácil de imaginar.

Pero lo que no se representan es el efecto que va a producir en el espíritu de la nación, efecto inasequible, invisible y que se acumula poco a poco: así es que no cree en él; o, si no lo niega, al menos le juzga indigno de atención.

Y sin embargo, debieran saber que el carácter nacional se forma bajo los golpes repetidos de los accidentes cotidianos: a pesar de lo cual ¿en cuánto puede fijarse, por cada día, el efecto adquirido?

En nada, al parecer.

## Demasiadas Leyes

Nuestros filántropos no tendrían más que pensar en esa verdad para ver que tal suma, cuyo acrecentamientos, considerados uno por uno son insignificantes, acaban por dar un total prodigioso.

Que vayan también a una habitación en que haya niños: verán allí de qué manera de un acto repetido y al parecer insignificante, se hace una costumbre al fin, que ejercerá su influencia sobre una vida entera; verán que una fuerza, aun cuando no es capaz de obrar sobre la naturaleza del hombre, no es insignificante, y con el tiempo llega a obrar poderosamente.

La madre que sin reflexionar se acostumbra a obedecer a peticiones incesantes, tales como las de: «¡Mamá, sujétame el delantal!» «¡Mamá, abróchame el zapato!», no querrá creer que cada una de estas debilidades es un perjuicio para su hijo.

Pero el hombre pensador que esto considera sabe muy bien que si tal política conti-

## Herbert Spencer

núa, si se reproduce en otras cosas, acabará por crear un ser dependiente, y no se hallará remedio para evitarlo.

Los profesores de los pasados tiempos, que trabajaban con ahinco para arrebatar a sus discípulos a todas las dificultades, no veían que hacían hombres muy poco capaces de salir de apuros en la vida.

Por el contrario, el profesor de hoy, que enseña al discípulo a resolver por sí mismo todas las dificultades, le preparan, y de buen modo, para las que encontrará una vez en el mundo, y que habrá de salvar sin ninguna ayuda; y lo que le fortifica en su creencia es que una buena parte de los hombres más felices en sus empresas son los hijos de sus obras.

Y lo que se aplica a los hombres es aplicable a las naciones: de su educación depende su prosperidad.

## Demasiadas Leyes

Porque, en fin, las naciones se componen de hombres; ¿y no se forman los hombres, en la edad adulta, con arreglo a las mismas leyes que en la infancia? ¿No es cierto, si nos fijamos en el borracho, que cada desorden agrega un hilo a los lazos que le oprimen? ¿si pasamos al comerciante, que cada adquisición acrecienta su deseo de adquirir? ¿si nos trasladamos con el pensamiento al pobre, que cuanto más se le ayuda más ayudado quiere ser? ¿si saltamos al hombre de acción, que cuanto más tiene que hacer más es capaz de hacer?

Pues bien, si para el individuo la ley es adaptase a las condiciones que le son creadas ¿por qué no ha de ocurrirle lo propio a la nación? ¿por qué los miembros suyos no han de ser tanto más capaces de ayudarse unos a los otros cuanto menos les ayuda el Estado, y tanto menos capaces de ayudarse cuanto más éste los ayuda?

## Herbert Spencer

Porque se trata de efectos indirectos y que no carecen de sentido, quiéreselos ignorar, obrando neciamente. Se producen con lentitud, mas no dejan de producirse. No podemos substraernos a las leyes del desenvolvimiento de la naturaleza humana, como no nos es posible sustraernos a la ley de la gravitación: luego, mientras esas leyes subsistan, puédese contar con esos efectos.

Pero, se nos va a preguntar, esa pretendida falta de iniciativa, que tiene por causa la vigilancia demasiado incesante el Estado, ¿por qué resultados precisos se revela?

Por un retraso en todos los desarrollos de la sociedad que exigen, de parte de los individuos, alguna confianza en sí mismo; por una timidez que tiene miedo a toda dificultad de nuevo género; por una necia facilidad para contentarse con todo lo que existe.

## Demasiadas Leyes

Quiérase comenzar por considerar con la atención que se merecen los progresos incomparables de los Estados Unidos, de ese pueblo compuesto de hombres los unos hijos de sus obras, los otros descendientes casi inmediatamente de seres que fueron hijos de sus obras. Y váyase acto seguido al continente, considérese con cuánta lentitud marcha todo en él, y con cuánta mayor lentitud aún marcharía sin la iniciativa de los ingleses.

Váyase a Holanda, y se verá que los holandeses, en otro tiempo buenos mecánicos, tan experimentados en hidráulica, dejan que en Amsterdam el agua escasee, hasta el punto de ser necesario actualmente que una Compañía inglesa emprenda los trabajos necesarios para procurar a la población el agua precisa.

Váyase a Berlín; allí se oirá decir que la ciudad no tiene agua, mientras Londres está de ella provisto desde hace varias generacio-



## Herbert Spencer

nes, y que en este momento una Compañía inglesa dispone a procurársela, con capitales ingleses y directores ingleses.

Váyase a París; se observará allí el mismo mal, y se verá discutir el mismo remedio.

Váyase a Viena, y se oirá decir que esta población, como otras muchas del continente, debe a una Compañía inglesa el estar alumbrada por el gas.

Váyase al Ródano, al Loira, al Danubio, y se descubrirá que la navegación a vapor ha sido establecida en estos ríos por ingleses.

Tómese informes respecto a los caminos de hierro de Italia, España, Francia, Suecia, Dinamarca; pregúntese cuántos fueron proyectados por ingleses, cuántos sostenidos en gran parte por capitales ingleses, cuántos construídos por empresas inglesas, cuántos dirigidos por ingenieros ingleses. No se ten-

## Demasiadas Leyes

drá más que desearlo para saber que allí donde los cambios de hierro fueron hechos por el Estado, como en Rusia, fue menester recurrir a ese tesoro de energía, de perseverancia y de habilidad práctica que amontonaran Inglaterra y los Estados Unidos.

Si estos ejemplos no dicen bastante sobre lo que hay de aliento en una raza acostumbrada a depender de sí misma, y de entorpecimiento en una raza sometida a un gobierno paternal, no habrá más que leer los diversos volúmenes de los viajes por Europa, la Laing, si se desea estudiar este contraste en sus detalles.

Ahora bien ¿cuál es la causa de tal diferencia?

Según la naturaleza de las cosas, el arte de ayudarse a sí propio no puede tener más que una fuente: la costumbre de ayudarse a sí mismo, y, cosas absolutamente iguales,

## Herbert Spencer

por otra parte, la ignorancia de este arte no puede provenir sino de una costumbre de no recurrir a él.

¿No se ven comprobadas estas dos leyes por los ejemplos que nos ofrecen la Inglaterra y la Europa? ¿No estaban los habitantes de las dos comarcas, hace pocos años, el mismo punto respecto a iniciativa?

Hasta, si se quiere, los ingleses encontrábase más atrasados en industria, colonización y comercio.

El cambio tan profundo que los ingleses experimentaran en este sentido ¿no tuvo lugar al mismo tiempo que tomaban sus nuevas costumbres de independencia? Y este cambio ¿no tuvo por causa esas mismas condiciones?

Si lo dicho se pone en duda, indíquenos una causa más probable. De lo contrario,

## Demasiadas Leyes

menester es reconocer que este enervamiento de un pueblo constantemente secundado por su gobierno no es un ínfimo asunto, que no hay asunto más grave que él.

Detener en todo sentido el crecimiento de una nación, es hacer un mal que ningún beneficio compensaría.

Por otra parte, un hecho maravilloso es el que observamos en los anglo-sajones, que se diseminan por toda la tierra cuando ninguna otra raza del continente sabe hacer lo propio.

Piénsese que esta diferencia debe tener por razón de ser principal una diferencia de caracteres; piénsese que esta última debe provenir ante todo de una diferencia de educación; y se verá entonces que la política, en lo que concierne a educación, puede contribuir poderosamente a los destinos de un pueblo.